

Ciudadanismo

DEMOCRACIA

UNA PALABRA CADA VEZ MÁS HUECA (2)

Ayer se me fueron las teclas por derroteros distintos de los que me había trazado el bolígrafo. Sin embargo conservé el título, aunque queriendo hablar del nombre me pasé a las cosas que éste aún puede representar.

Volviendo a la palabra, evidentemente es un cultismo decimonónico, dicho sea sin ánimo de ofender. Nació de la Ilustración, pero no directamente, sino como hija del LIBERALISMO. Es importante que nos detengamos en este hecho. La Revolución Francesa no predicó la DEMOCRACIA, sino la LIBERTAD. Es algo que nunca le agradeceremos bastante, porque este término está perfectamente incardinado en nuestras lenguas y tiene un significado bien definido, que no es nada fácil de alterar.

No es fácil alterarlo, pero se alteró al deducir de él el derivado ideológico, el LIBERALISMO. Al principio este término, bandera del progresismo más audaz, mantuvo su significado, puesto que de ello se cuidó la doctrina opuesta, que era el SERVILISMO, y así se llamaba. Los problemas empezaron cuando dejó de predicarse esta última doctrina, y más aún, cuando surgió el socialismo, la nueva corriente doctrinal que sin nombrarla así, predicaba la servidumbre del individuo en pro de la sociedad. La plasmación política de esa doctrina era de carácter rigurosamente totalitario. Clamar por la libertad se convirtió en un delito, a no ser que se invocase la

LIBERTAD COLECTIVA: de los Pueblos, de la Sociedad, del Proletariado.

Y así fue como al dejar vacante los antiguos progresistas el liberalismo por pasarse al socialismo, el espacio político y doctrinal del LIBERALISMO fue ocupado por los conservadores. Éstos defendieron la libertad de mercado, y como emanación de ella las demás libertades; mientras que los socialistas se entregaron a la planificación estatal del mercado, y como emanación inevitable de ésta, a la planificación de toda la vida, incluida la ideología, la conciencia, la intemerata.

He aquí cómo los antiguos enemigos de la LIBERTAD se convirtieron en sus más fervientes defensores; mientras sus primitivos defensores se convirtieron en sus más acérrimos detractores. Pero como no podían soportar ese cambio de papeles, los nuevos amigos de la libertad, a los que se llamó LIBERALES de nombre y CONSERVADORES de apellido, pasaron a ser proclamados los malos de la película; mientras que los nuevos enemigos de la libertad, se pusieron de nombre SOCIALISTAS, y de apellido PROGRESISTAS, quedándose con el papel de buenos. Y así siguen las cosas hasta el presente.

Por supuesto que luego los nombres bailan y se matizan que da gusto, hasta el extremo de formar la combinatoria de LIBERALISMO PROGRESISTA (los dos

contrarios hermanados y neutralizándose mutuamente), y Socialdemocracia o SOCIALISMO DEMOCRÁTICO, que vuelve a ser la oposición y neutralización de los contrarios. Es la obsesión de no renunciar al nombre del bautizo, aunque se haya pasado uno a Satanás, a sus obras y a sus pompas.

Volviendo a la LIBERTAD, que ese fue el primer nombre de la DEMOCRACIA, hay que observar que formaba trinidad inseparable (una sola naturaleza en tres concreciones) con la IGUALDAD y la FRATERNIDAD. Esa fue la nueva religión laica. Nada menos que la catedral de *Notre Dame* fue consagrada a la diosa RAZÓN. El subconsciente llevó a los revolucionarios por el mismo camino que fue Santa Sofía (*Háguia Sophía*) de Constantinopla, iglesia dedicada a la Santa Sabiduría (de Dios, claro está). Éstos dedicaron la catedral de París a la RAZÓN (la no menos venerada sabiduría del hombre).

Desbancada la religión tradicional (conservadora), el LIBERALISMO pasó a ser la nueva religión laica, marcada por el resabio cristiano. La FRATERNIDAD, uno de los tres pilares de la nueva religión, es copia fiel del cristianismo. Luego sería sustituida por la SOLIDARIDAD, definitivamente laica. El LIBERALISMO tenía que ser la nueva religión, nuevo motor de la humanidad. Era inevitable que así fuese, puesto que tenía delante el SERVILISMO del que ve-

nían, un territorio ideológico conservador, que hicieron suyo las fuerzas del antiguo régimen: monarquía, nobleza y clero. De ahí nace el anticlericalismo de la izquierda, del que no se han movido, cuando en tantas otras cosas se han mudado de lugar y de parecer.

Y no deja de sorprender este fenómeno. En efecto, la fórmula religiosa del SERVILISMO era la SUMISIÓN, que predicaba el clero siguiendo una inercia de 18 siglos. Efectivamente, la sumisión no se aviene con la LIBERTAD. Pero he ahí la gran sorpresa: ¿saben cómo se llama SUMISIÓN en árabe? Pues se llama ISLAM, esa religión por la que los PROGRESISTAS sienten tantísima admiración y respeto. El Islam, como en su día el cristianismo, predica la sumisión a Dios y al poder temporal, que es reflejo y derivación del poder de Dios. En el Islam todo poder viene por la Gracia de Alá. En realidad el poder perfecto es el directo de Alá, administrado por sus Ayatolas. Pura teocracia.

A la vista de esos fenómenos, uno decide que para encontrar explicaciones hay que volverse al subconsciente. ¿No será tanto anticlericalismo manifestación de unas infinitas ansias clericales, pero con religión propia? Una querencia de SUMISIÓN (de ISLAM), rabiamente antiliberal, genuinamente socialista o progresista. Podría ser la nueva teocracia totalitaria, que se podría introducir de la mano

del Islam, haciendo con él alianza de civilización.

Y claro, a todo eso, dónde nos queda la DEMOCRACIA? Comparada con esa tentadora alianza, es muy engorrosa, y eso que está sumamente simplificada y manejable con la oligarquía de los partidos. Pues no, la verdad es que no cabe en esos esquemas. A pesar de todas las rebajas, todavía tiene reminiscencias de liberalismo, una doctrina que se ha vuelto tan odiosa para el progresismo y sin embargo

indispensable para el progreso. Realmente el léxico político sufre unas crisis tremendas, que al final lo llevan al diván del psicoanalista. La mayoría de las palabras de este léxico necesitan de este tratamiento, porque al mentir y engañar tanto con ellas, sufren todo género de contorsiones, travestismos, mutilaciones, y hay que someterlas a tratamiento hipnótico para descubrir cuál es su verdadera entidad e identidad. ■

Mariano Arnal

ESPAÑA: ¿METAMORFOSIS O CIRUGÍA ESTÉTICA?

Hay que reconocer que, en estos tiempos que corren, las noticias se suceden tan vertiginosamente que algunos analistas políticos tienen que pisar sus comentarios de ayer con los de hoy, a veces los de la mañana con los de la tarde. ¿Realmente están cambiando tanto las cosas? Y si es así, ¿cambian a la velocidad que nos parece o se trata de una falsa percepción por la que confundimos nuevamente la velocidad con el tocino? ¿Estamos ante un cambio de piel, como el de las serpientes, o ante una metamorfosis kafkiana, de ésas por las que uno se convierte en gusano? ¿Cambia algo de veras y en profundidad o sólo hay fantasías en la cabeza de los políticos que nos han tocado en suerte? ¿O nos han tocado también en otras partes cuyo nombre no quiero pronunciar? ¿Es España dinámica de verdad o sólo se mueven sus mandatarios temporales y los aspirantes a la mandaduría, llamada también mamaduría o mamonería, sea ésta de teta o de pelargón?

¿Es España una materia que se destruye o una energía que se transforma? ¿Que se transforma en qué? ¿Será España, como Dios, una y trina, es decir, un plátano y dos melocotones confederados o hipostatados? ¿Son los tripartitos un síntoma, una alusión, una metáfora, una corriente, una moda, un aceite eficaz en el desbloqueo de cerraduras? ¿CIU ha sido el cuarto poder o más bien el cuarto en discordia? ¿Está Galicia llamada a ser la cuarta pata del banco que configura la Nueva España, que es un nombre del periodismo en Asturias patria querida? ¿Es España un banco de bancos con un montante global de diecisiete patas y dos pequeñas pezuñas? ¿Son esas pezuñas prescindibles o desechables, son tal vez

materia de componendas políticas con Mohamed, dada la ambigüedad del Presidente en este asunto concreto?

¿Y cuántas de esas patas son negras, ya que el café para todos no da lugar a hechos diferenciales de envergadura (en verga dura), ni a derechos históricos exigibles por la vía del esperpento ni a asimetrías de corte-fiel confederal maragalliano? ¿En qué punto interviene la ETA o la OTA para exigir la autodeterminación del País Vasco, donde algunos ven la panacea, y la reivindicación de los Sanfermines de Navarra-una-que-es-Pamplona, incluidas las cornadas y la sangre, para mayor gloria de Euskal Herria? ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar Zapatero si antes de que la ETA se pronuncie ya ha empezado a hacer gestos que, de un modo o de otro, señalan a las víctimas del terrorismo? ¿Está Zapatero empeñado realmente en la paz o sólo en apuntalar su permanencia en el poder a costa de concesiones a los nacionalistas, como dicen desde ciertas instancias y no necesariamente todas del PP?

Si la paz no se ha podido alcanzar cuando la mayoría que respaldaba los anteriores procesos era superior al 90% de los españoles, ¿cómo es que Zapatero va a intentarlo con muchos menos apoyos? ¿Cómo es que, sabiendo que el momento es propicio, no ha puesto toda la carne en el asador para atraer al PP, que representa al 40% de los mismos, y en lugar de ello ha sellado pactos por los que se ha obligado a marginarlo como si fuera un apestado o una isla? ¿Se puede marginar a tanta gente por mucho tiempo? ¿No habrá que pensar que los acuerdos con los nacionalistas pueden ser

variables, volubles, caprichosos y, desde luego, egoístas, intransigentes y con fecha de caducidad? En cuanto al PP, ¿por qué dice a todo que no sin ofrecer soluciones alternativas? ¿Por qué no ha buscado (incluso forzado) alguna aproximación, ofreciendo unos mínimos de apoyo y de acuerdo? Lo que quiero decir es lo siguiente: ¿no sería mejor remover las entrañas de la política y, más allá de las mutuas aversiones entre estos dos partidos, incluso de las náuseas personales que se profesen, extraer el apoyo responsable y comprometido del contrincante, ya que se trata de una causa que a todos nos concierne y nos preocupa? ¿Por qué no se olvidan algo de los votos? ¿No sería

mejor tragar algún orgullo improductivo por ambas partes, renunciando a los laureles en solitario (si es que puede haber laureles en este asunto, que yo creo que no) y acometer juntos la empresa de trabajar por la paz sin que tenga que haber necesariamente ofendidos?

Yo lo veo así: si el consenso social es muy amplio muy amplio (tan amplio que incluya a las víctimas) y ETA tiene la voluntad real de dejar a un lado las armas, y así lo anuncia inequívocamente, la sociedad puede y debe ser generosa. Muy generosa. A esta tesis me apunto. ■

Mariano Estrada

LA PALABRA

SOBERANÍA

El concepto de **soberanía** es sumamente desafortunado. En realidad encierra un fraude. Se trata en fin de cuentas, de que los pueblos estén soberanizados aunque se diluyan el soberano y la soberanía. Cuando en su día se creó una "cracia" del "demos", la cosa era rigurosamente literal: el "demos" ejercía una durísima "cracia" no sobre sí mismo, que como bien dice el refrán, "ningún tonto se machaca el haba"; sino que ellos que eran minoría, una aristo-cracia cargada de privilegios como nunca lo estuvo ninguna, ellos que eran el "demos" (los propietarios de la tierra), ejercían no ya la "cracia", es decir el poder sobre el resto de la población, sino la más despótica de las tiranías. Eso y no otra cosa era la célebre **democracia** griega. Porque en fin de cuentas era "**cracia**", era poder; y el poder para eso está, para hacerlo pesar sobre los dominados.

El término y concepto de **soberano** se conoce desde el origen mismo de las lenguas romances, derivado sin duda de *súpera*, forma arcaica de *supra*, que significa encima o arriba. Desde un significado puramente geométrico, muy usado en toponimia, se pasó al significado jerárquico. Dado el adverbio *supra* (que en latín vulgar debió tener alguna especialización en *súpera*), el verbo *superare* y el adjetivo *súperus súpera súperum*, era inevitable que surgiese la forma de oficio *superanus*, que no es únicamente el que está encima, sino el que ejerce el oficio de estar o ponerse encima. Los lexicólogos, que no se han puesto de acuerdo sobre los mecanismos por los que se ha formado la palabra, están todos de acuerdo en que su origen es el adverbio o preposición *supra*.

Mientras nadie discutió el principio de la **soberanía**, no se necesitaron ni el concepto ni la palabra. Cada cual tenía que aceptar a su **soberano** y con eso tenía bastante. Todo **soberano** lo era por la gracia de Dios, y a partir de ahí no había nada que discutir: Dios era el **soberano per se**, y el monarca, el príncipe, el emperador, el señor, lo eran por divina delegación. El simple hecho de crear junto al **soberano** la **soberanía**, hubiese sido el primer paso para separar al uno de la otra. Por eso no se produjo esta innovación léxica. Sólo cuando se cuestionó la legitimidad del **soberano**, se separó de él la **soberanía**. Algo así como separar del autor la autoría, y de la persona la personalidad. Por ahí había que empezar, porque si no, al guillotinar al **soberano**, se guillotinaba también la **soberanía**; y eso no podía ser. Solamente después de extraerle la **soberanía**, se le podía cortar la cabeza al **soberano**, o tenerlo ahí de florero.

Y eso es lo que se hizo desde las postrimerías del siglo XVIII. Se inventó la **soberanía**, que hasta entonces había sido de Dios, representado por el monarca de turno. El cambio fue importante. El pueblo pasó a ocupar el lugar de Dios y en él empezó a residir la **soberanía**. Pero igual que Dios, el pueblo es mudo; y salvo cataclismos, sólo por signos puede expresar su voluntad, que no puede cambiar cada dos por tres, sino cada cuatro años. Y del mismo modo que los representantes de la **soberanía de Dios** consiguieron siempre que éste se expresara según sus deseos, también los administradores de la **soberanía del pueblo** consiguen que éste se exprese según sus deseos de dominación concertada. ■

de elalmanaque.com

www.ciudadanismo.es